

10 - CUCHILLO – PELIGRO EN LA MINA

Antes de seguir, recupero el cuchillo que he usado con el guardia de la puerta, y Melo la flecha que ha usado con uno de los borrachos. Nos metemos detrás de la barra y entramos en la parte trasera de la taberna, donde hay unos escalones que bajan más allá de la altura del suelo de la calle, entramos poco a poco, sin hacer ruido, tal y como nos han enseñado. En este pasillo se oye el eco de los murmullos que hay más abajo. En la puerta que da a la bodega hay dos haciendo guardia, son soldados, pero van sin el casco, y parecen bastante aburridos, no tenemos problemas en derribarlos sin que se enteren de lo que les ha pasado. Lo siguiente es bastante típico, pero como tiende a funcionar me da igual no ser original, Melo y yo nos ponemos las armaduras de los guardas después de llevarlos hasta la barra de la taberna, con casco incluido, lo tenían en el suelo, y entramos con naturalidad, algunos nos miran pero pasan de nosotros completamente, ahí dentro hay de todo, mercenarios, caballeros, y algunos con pinta de nobles, y al fondo él, Diamis, el nombre que usa toda su casa como apellido, ya que él fue su fundador, el gordo se está quedando a gusto, gritando hasta que se le pone toda la cara roja y se le hinchan las venas, no se oye bien con este murmullo, pero supongo que los estará llamando incompetentes y cosas así, aunque se supone que era él el que los lideraba no tiene reparos en echar balones fuera, como suele ocurrir con los nobles. El suegro del traidor está rodeado por los suyos, a sus lados hay dos que me llaman mucho la atención, son jóvenes, uno es un caballero con una armadura de lo más cursi, muy brillante y pulida, con flores grabadas y varias zonas de la armadura, como los hombros, las rodillas y los guanteletes que parecen diamantes, con pelo largo y rubio que le llega hasta los hombros, que será de mi edad más o menos y una joven muy guapa también rubia con el pelo recogido y con una diadema, con un vestido muy ostentoso de muchos colores de encaje y con una falda enorme que llega hasta el suelo, algo mayor que yo, como mucho tendrá unos veinticinco. Apoyan todo lo que dice Diamis y le tratan con mucha confianza. Joder, ¿¡son dos de sus hijos!? Como esa chica sea además la esposa de Sanpura tenemos ante nosotros el premio gordo, que yo sepa Diamis tiene cinco hijos, tres hijos y dos hijas, así que tenemos una posibilidad entre dos de que ésa sea la candidata a reina.

Melo me hace un gesto con la cabeza de que nos arrimemos a la pared, así que nos pegamos a la pared que tenemos a la derecha, bueno, a los barriles, sorteando a mercenarios sobre todo, casi todos los caballeros están pegados a Diamis. Los mercenarios nos miran como si fuéramos a contagiarles alguna enfermedad, pero mejor, cuando menos contacto quieran con nosotros mejor. Nos vamos acercando cuando uno de los caballeros se nos acerca.

—¿Qué hacéis entre estos perros rabiosos? ¿Queréis que os apuñalen por la espalda o qué? ¡Venid con el resto! —Nos ordena mientras me arrastra del brazo.

Por mí mejor, así nos enteramos mejor de la conversación.

—¡Un día! ¡Teníais que aguantar la posición un maldito día! —Grita Diamis, un viejo algo bajito con barba blanca lustrosa, un bigote exageradamente largo y acabado en tirabuzones y un pelo largo y liso peinado hacia atrás—¡Hasta le di a tu mejor hombre las Arenas del Sol, un Arma de Sadeh para él y ni siquiera con eso ha podido aguantar un mísero día!

¿Arenas del Sol? ¿Así es como se llama? ¿Y qué es un Arma de Sadeh?

—Ya os dije que ese plan era una locura. No podemos ponernos menos de un centenar de hombres en una habitación de un castillo lleno de enemigos y esperar que

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

aguantemos ahí veintiocho horas. —Dice un hombre mayor, enorme y fornido, con la piel curtida por el sol, y una barba negra con muchas canas bien afeitada y una cabeza rapada.

—¡Pues es lo que tenéis que hacer! ¡Los refuerzos y el armamento no llegarán hasta dentro de siete horas como mínimo! ¡Con eso y con el fuerte de su ejército en las murallas y con todos los ojos en el ala oeste podemos entrar por la fuerza nosotros por el centro y Borno por el este y tomar así a la reina y su hija en menos de una hora! —Grita histérico Daimos—¡Pero ahora darán con nosotros antes de que llegue aquí ni la mitad de las tropas! ¡Con suerte no encontrarán a Borno a tiempo y algo podrá hacer desde ahí, pero la victoria no será segura!

Así que tienen otra entrada como ésta por la zona este de Hícatriz. Si no me equivoco, Borno es el primogénito de Diamis.

—Padre, dejad que vaya yo con nuestros caballeros, reconquistaré el salón y todo podrá continuar como había planeado. —Salta el joven rubio, sí que era su hijo, debe ser el menor de la familia.

—¿Para que te maten? No, los que están ahí son esos malditos de la Orden, y no sabemos cuántos de esos ahí, o si tienen respaldo de alguna tropa. No te pienso enviar ahí para nada. —Dice Diamis rechazándolo con la mano.

—¡No será para nada! No pueden ser demasiados, y aquí entre nuestros caballeros y estos mercenarios estamos más de cincuenta, podemos tomarlo y aguantarlo durante el tiempo que requiráis. Tengo conmigo la Gota del Cielo, aniquilaré a todos esos perros de la Orden y no se atreverán a enviar a nadie más en horas. —Dice el joven engreído.

—¿Y sugieres que tú nos liderarás a todos? —Dice con sorna el jefe de los mercenarios.

—¿Cómo osas hablarme en ese tono? —Pregunta ofendido el joven— Te recuerdo, mercenario, que le hablas a Carbo Diamis, hijo del gran Diamis y hermano de la reina de Hícatriz.

—No eres más que un crío que se las da de soldado, contigo al frente no tomaremos nada. El hecho de que tengas un arma tan potente no te hace poderoso. —Le dice el viejo mercenario despreciándolo.

Carbo Diamis saca de una bolsa circular que tiene atada en el lado derecho de su cintura, opuesto a la funda de su espada, una especie de látigo que brilla levemente con una luz azul como el cielo de verano. Lo chasquea contra el suelo y crea una grieta honda en el suelo de piedra después de echar chispas tras el golpe. Parece que va a atacar de verdad al mercenario, que permanece inmutable, pero Diamis frena a su hijo con una colleja que retumba en toda la bodega, como si fuera un niño pequeño portándose mal. Muchos mercenarios se ríen por lo bajo, otros no se cortan un pelo y se ríen a carcajadas. Carbo Diamis está rojo como un tomate, refunfuña, pero se guarda el látigo y se mantiene en silencio con la cabeza gacha.

—No vas a tomar nada, te vienes conmigo y con tu hermana fuera. Este lugar ya no es seguro. —Le dice Diamis a su hijo y se gira hacia el viejo mercenario— Nosotros nos vamos al interior de la mina, si tú y tus hombres conseguís mantener la posición hasta la hora pactada recibiréis el doble de lo pactado, de lo contrario no veréis ni una moneda de cobre, ¿está claro? —Le dice al mercenario de mala manera mientras le señala con el dedo índice.

—Como el agua del rocío, excelencia. —Dice mientras se inclina con el puño derecho en el corazón.

Diamis da media vuelta y hace unas señas con la mano, y varios mercenarios mueven unos barriles que ocultaban un agujero poco más grande que una persona normal dentro de la pared.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¡Caballeros de Hícatriz! —Grita una voz ronca, miro en su dirección y veo a un caballero con varios galardones colgando debajo de ambas hombreras, debe ser el que tiene mayor rango de los presentes—Nuestro deber es proteger a la familia Diamis, en especial la vida de la joven reina, por ello no debemos separarnos de ellos en ningún momento, pero no todos podemos acompañarles, algunos de nosotros deben quedarse para mantener el orden en esta zona infestada de vulgares mercenarios. La entrada debe ser custodiada a toda costa contra el enemigo que sea, y para que haya un vínculo de unión entre este punto y nosotros por si las cosas se tuercen, en un lado o en otro. Solicito voluntarios para tan noble labor, que será recompensada una vez la contienda finalice.

Debemos estar entre cincuenta y sesenta caballeros, pero no hay muchos por la labor de separarse del resto y de la seguridad que esto conlleva, no obstante cuatro de ellos salen inmediatamente para ofrecerse voluntarios, yo soy el quinto. Melo se sorprende bastante de esto, va a ofrecerse ella también pero la detengo.

—¿Qué estás haciendo? —Me pregunta en voz baja.

—Limpiar el paso. —Respondo en voz baja también—Una vez tú y los Diamis se hayan ido puedo armarla con la arena, y así nos quitaremos a los más peligrosos, todos estos caballeros están muertos de miedo, no hay más que verlos. Tú debes seguirlos e indicarme el camino que seguís, ¿está claro?

—Es un suicidio, aquí hay demasiados, no podrás con todos. —Me dice preocupada.

—Tranquila, tengo un plan, tú haz lo que te he dicho, y espérame a que llegue, con un poco de suerte lo haré con el señor Yunque y todos los demás conmigo. —No parece nada convencida, pero mientras hablábamos, se han presentado voluntarios los que faltaban, y el caballero al mando empieza la marcha hacia el túnel. Melo accede a regañadientes a mi plan, pero tampoco le he dejado muchas posibilidades.

Cuando se van, el tipo al que parece que han puesto al mando, empieza a dar órdenes, lo típico de no bajar la guardia, no separarse y no hacer tonterías, y las consecuencias que tiene la deserción, pero no le hago demasiado caso. Miro a mi alrededor buscándolas, y las veo en un rincón, donde unos mercenarios más feos que un mono después de morder un limón las están atosigando, me refiero a la madre y la hermana de la chica que sacamos antes, a la que ahora me doy cuenta de que ni le preguntamos el nombre. El caso es que la excusa es perfecta, así que voy hacia ellas, y un par de esos mercenarios se ponen entre ellas y yo.

—¿Quieres algo, noble y valiente caballero? —Dice uno de ellos burlándose de mí. No llegará a los treinta, pero se ve curtido con sus cicatrices, la piel tostada, y el pelo rubio y mal cortado, con una barba mal cuidada.

—Me ha parecido que estas dos damas están algo incómodas aquí, rodeadas por tantos hombres a su alrededor, así que he venido para ver si eran imaginaciones mías. Pero no, no parecen estar nada cómodas. —Le digo con tono tranquilo, haciendo caso omiso a su tono.

Las dos mujeres, una de unos cincuenta, algo entrada en carnes con el pelo negro recogido en un moño, y otra de unos veintipoco, están en una esquina, las dos cogidas por las manos, rodeadas por hombres que se ven con mucha hambre, no sé si me explico, y que da asco verlos. La madre intenta mantener la compostura, pero se nota que está temblando tanto como la hija.

—Mirad, chicos, viene el Príncipe Azul a salvar a las indefensas damiselas. —Grita con sorna levantando las manos y todos sus compañeros se echan a reír.

—Mira, pijo de mierda, vete con tus amiguitos pijos a vuestro rincón y no os pasará nada, ¿vale? —Dice un viejo greñoso al que le faltan unos cuantos dientes y todos sus compañeros le dan la razón.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—Debo insistir, además, ellas tienen trabajo pendiente, tienen que ir preparando la cena. —Digo tranquilo haciéndole una señal con la mano para que se aparte, el mismo gesto que haría con un perro callejero. Y como era de esperar, pica el anzuelo.

El que tengo delante, el que ronda la treintena saca un machete y me lo pone en el cuello.

—Mira, caballero de los cojones, nosotros no somos unos niños mimados como tú, así que...

Antes de que termine la frase con la mano izquierda le aparto el machete de mi garganta y con un cuchillo le abro la suya. La sangre sale a borbotones y el mercenario se desploma entre espasmos. El resto se levanta de golpe y desenfunda sus armas. La madre y la hija se hacen un ovillo en la esquina y dejan de mirar por lo que pueda pasar.

Ante esto nos convertimos enseguida en el centro de atención de toda la bodega, otros tres caballeros vienen a apoyarme aunque no saben de qué va la cosa.

—¿Qué pasa aquí? —Me pregunta uno de ellos.

—Estos perros estaban intentando forzar aquí mismo a las dos mujeres, cuando les he pedido que las dejen en paz éste ha intentado matarme con un machete. —Le respondo con un tono como si esas mujeres fueran mi madre y mi hermana.

—Malditos salvajes, ¿es que no aprendéis nunca? —Dice el otro caballero.

Se acercan a nosotros más caballeros, pero también más mercenarios, todos con ganas de sangre. Los caballeros están mucho mejor equipados, pero son uno para cinco. Pero antes de que empiece el baño de sangre viene el jefe de los mercenarios, tal y como estaba esperando.

—¿¡Qué cojones está pasando aquí!?! —Grita enfurecido el viejo mercenario.

—¡Tus malditos hombres han intentado violar otra vez a nuestras anfitrionas! ¡Eso es lo que pasa! ¡Además han intentado matar a uno de los nuestros! —Le responde el que tengo a la derecha.

—¿¡Qué!?! ¡Solo les estábamos contando batallitas, jefe! ¡Ha sido éste el que ha venido con ganas de pelea, y se ha cargado a Mache sin venir a cuento, se lo juro! ¡Nosotros no hemos hecho nada! —Dice uno de los mercenarios que están pegados a las mujeres, intentando parecer ofendido, pero es un mal actor, se nota que está acojonado y que miente.

El viejo mercenario se pone hecho una furia, y de un único golpe parte la mesa en la que estaban bebiendo sus hombres por la mitad.

—¡Por los nueve infiernos! ¿¡Qué os dije si volvía a pasar esto!?! —Les grita y los mira a todos, uno a uno. Después de mirarlos a todos y de no obtener respuesta, coge con una mano al que tiene más cerca, lo levanta como si nada y lo estrella contra el suelo, los demás se apartan de él, y el que está en el suelo se acurruca como si esperara una lluvia de patadas—¡A este trabajo le quedan los días contados! ¡Después cobraremos y podréis follaros a cuantas putas queráis! ¡Hasta entonces comportaos como hombres civilizados! ¡No somos animales, joder! ¡Somos mercenarios de la Lanza Sangrienta! ¿¡Queréis que se nos compare con esas bestias con piel de hombre que son los Desolladores!?!

Todos se quedan en silencio mirando al suelo, es como presenciar la regañina de un padre a sus hijos, nadie le rechista y todos parecen abochornados, no sé quiénes son esos Desolladores, pero creo que el nombre lo dice todo. Bueno, ahora debo pasar a la siguiente parte del plan, que espero que sea posible.

—Con su permiso, voy a llevarme a las mujeres arriba. No deberían seguir aquí abajo más de lo imprescindible. —Le digo con sumo respeto al líder de los mercenarios, inclinándole la cabeza a modo de respeto y disculpa.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

Pero sin mediar palabra me coge del casco y me levanta del suelo, y me acerca la cara a la suya para verle bien los ojos.

—Muchacho, conozco a Mache desde hace años, sé de lo que es capaz y me imagino por qué has hecho lo que has hecho, así que no te lo tendré en cuenta, pero vuelve a matar a uno de mis hombres y ni Diamis ni el rey y la reina juntas podrán evitar que te raje el cuello, ¿está claro? —Me dice con una sorprendente frialdad.

No es la primera vez que me intimidan así, he estado rodeado de muerte más veces de la que me gustaría, pero no voy a mentir, me asustó de verdad.

—Sí, señor.

—Bien. —Dice tras soltarme.

Me acerco a las mujeres y les tiendo las manos, pero no me las dan, se levantan como buenamente pueden, y me siguen hasta arriba. Por el camino, veo cómo me miran todos los mercenarios, y cómo miran al resto de caballeros, con un poco de suerte, mientras estoy arriba empezarán a matarse entre ellos. Cuando llegamos a la puerta que da a las escaleras, las hago pasar primero fingiendo caballerosidad, aunque no es nada de eso. Ellas pasan y tardan bien poco en percatarse de la sangre alrededor de la puerta, van a soltar un grito ahogado, pero las empujo con el pecho y cierro la puerta.

—Seguid avanzando. —Les digo.

Y ellas, aterradas lo hacen. No me puedo ni imaginar la cantidad de cosas horribles que se estarán imaginando, pero no tenemos tiempo como para dar explicaciones de cada detalle. Llegamos hasta el salón de la taberna, y cuando ven los tres cadáveres en el suelo y los dos que están bajo la barra, pierden la compostura, se dan la vuelta y me miran aterradas, no sé si van a gritar, a huir despavoridas o si se van a desmayar por el miedo. Si quiero que me escuchen tendré que actuar del modo menos amenazador posible, así que me agacho y pongo una rodilla en el suelo, me llevo la mano izquierda abierta al hombro derecho y el puño derecho lo clavo en el suelo.

—No tienen de que preocuparse, su hija y hermana está a salvo, en estos momentos está en el castillo, yo no soy un caballero de Sanpura, soy un miembro de la Orden, y estoy aquí para salvarlas. —Les digo con educación.

Las dos se me quedan mirando confusas, no saben que creer. No tengo tiempo para darles detalles, no con Melo metida bajo tierra rodeada de enemigos. Así que voy al grano.

—¿Saben cómo ir desde aquí hasta palacio? —Le pregunto dirigiendo la mirada a la madre.

—S-si. —Me dice todavía confusa.

—En ese caso vayan allí, deben ir solas, yo debo quedarme a ocuparme de los mercenarios. Busquen a un Guardián de la Orden, como sabrán lo reconocerán por su armadura blanca como la leche, lleva un gran escudo en forma de cruz y una maza, trátenlo de señor, su nombre es Yunque, contadles la situación, del túnel y de que Diamis y su hijo menor y la esposa de Sanpura van por esos túneles. ¿Podrán hacerlo?

—Sí, se lo diremos todo. G-gracias, guerrero de la Orden, que los Dioses le bendigan. —Agarra fuerte a su hija cuando va a poner rumbo a la puerta la detengo, ella se para en seco temiendo lo peor.

—Disculpe, pero quería preguntarle algo antes de marcharse. ¿En su bodega queda alcohol?

—¿Cómo dice? —Me pregunta extrañada.

—Me gustaría saber si queda alcohol en los barriles de la bodega. —Le respondo con tranquilidad.

—Nos debe quedar al menos la mitad, sí. —Me responde la madre sin saber qué tengo en mente.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¿Algún lado en particular tiene más alcohol que otro? ¿Derecho? ¿Izquierdo?

Las dos se miran extrañadas, y la hija me responde:

—Una vez entras, a mano derecha tenemos la cerveza y vino más barato, están la mayoría de los barriles llenos, ellos no han tomado otra cosa que los más caros, que los tenemos a la izquierda, y casi no quedan.

—Bien, eso es todo, por favor, márchense, este ya no es un lugar ni remotamente seguro.

No se lo tengo que decir dos veces, salen corriendo por la puerta vaivén y no dicen nada más.

Bueno, ya están las dos a salvo como le prometí a la chica, y tengo medios para acabar con el medio centenar de mercenarios y los pocos caballeros que hay por mi cuenta. Me saco el carcaj con la arena carmesí que tenía atado en la espalda, desde el cuello, pasando la cuerda por mi espalda y saliendo por la altura de la cintura y atada al otro extremo del carcaj a modo de mochila y tapado por la capa. Le doy varias vueltas a la cuerda en mi antebrazo y mano izquierda y bajo por las escaleras, y veo a un par de caballeros delante de la puerta examinando la sangre de la pared y el suelo.

—Oye, ¿sabes de quién es esta sangre? Se suponía que aquí había dos de los nuestros haciendo guardia, pero en su lugar hay estos charcos de sangre. —Dice uno.

—Sí, pero creo que cuando nos hemos reunido para decidir quienes nos quedábamos y quienes si iban estábamos todos. —Dice el otro confuso.

¿A estas alturas todavía no sospechan nada? Casi me da pena acabar con ellos, son unos pobres infelices que seguramente se habrán metido en esto en contra de su voluntad, por ignorancia o por la codicia de a los que sirven, simplemente han tenido mala suerte. Saco del carcaj dos dagas carmesíes y se las lanzo, las armaduras no les han supuesto demasiada protección contra esto. La puerta y la pared donde estaban caen hechas pedazos, y veo como desde dentro todos se ponen en guardia mirándome únicamente a mí. Es una lástima, esperaba que ya se hubieran matado entre sí unos cuantos, pero se han portado civilizadamente, seguramente por el viejo jefe, que veo que me está mirando realmente furioso, con una vena de la frente hinchada, sí quiero salir de esta, debo matarlo cuanto antes, está claro. Meto mi mano derecha otra vez en el carcaj cuando:

—¡¡A por él!! —Grita iracundo el líder de los mercenarios.

Y así, medio centenar de mercenarios sedientos de sangre se abalanzan sobre mí desde debajo de las escaleras.